



LA FUENTE DE SERV-EL-BEDAWIEH, EN EL CAIRO.

El Cairo cuenta 300 fuentes alimentadas por cisternas que son llenadas por la inundación general. Cuando los depósitos están próximos á agotarse, trans-

portan el agua del Nilo en vasijas que cargan en los camellos. Estos edificios se deben en su mayor parte á fundaciones piadosas; sobre el agua fresca y pura

26 DE MARZO DE 1848

que se halla á disposicion de todos, se eleva con frecuencia un piso donde está situada una escuela gratuita.

La fuente de *Seby-el-Bedawieh*, que representa nuestro grabado, está situada en el *Souq-el-Eszy*, que conduce por el *Souq-el-Selah* (el bazar de armas) á la plaza de *Houmelye*, al pie de la ciudadela. Las inscripciones que la decoran espesan que fué construida por óden de *Sitti Bedawyeh*, hijo del Emir *Kochouan-Bey* el año de la *egira* 1173, ó sea 1759 de J. C. *Sitti Bedawyeh* dejó muchos *wasfs*, es decir, muchos legados, para proveer de aguas á la fuente, costear sus reparos, retribuir un maestro de escuela y vestir de nuevo en las fiestas de *Bayram* á los niños pobres que van á aprender á leer.

La arquitectura de esta fuente es notable por una riqueza y una solidez que no se encuentra en los edificios de época mas moderna. El empleo de los torneados y de las molduras podría tal vez indicar que la obra fué construida antes del siglo XII. Las columnas son de marmol labrado, los adornos comprendidos bajo los grandes arcos que ellas sostienen, pintados y dorados y las rejas de las ventanas están sostenidas por balaustrades de bronce; un tejadillo saliente dá sombra á la fuente y protege contra el ardor del sol á los que vienen á beber el agua, sirviéndose de escollillas de bronce, colgadas, según la costumbre, de cadenas fijas en la pared.

## DE LA PROPAGACION DE LA IMPRENTA.

Curiosa é interesante es la historia de la rápida conquista que la tipografía fué haciendo en el mundo, tan luego como Gutenberg, Fust y Schoeffer lograron perfeccionarla completamente. Pareceos que no ha de desagradar á nuestros lectores una ligera reseña de la propagacion de uno de los descubrimientos mas importantes que ha hecho el hombre, aunque tengamos que presentar este trabajo desvirtuado de las reflexiones que se deducen de nuestro estudio, pero que no pueden encerrarse en los límites de un artículo.

El secreto del nuevo invento habia sido fielmente guardado; para todos eran desconocidos sus misterios, pero en 1462 el elector de Sajonia tomó á Maguncia y la despojó de todos sus privilegios. Esta revolución en el gobierno causó una emigracion general, cerráronse las talleres, dispersáronse los obreros y llevaron su industria á otros puntos de Europa, continuando no obstante ejerciéndola muchos en Maguncia.

La imprenta salvó pues los límites de esta ciudad. En tales circunstancias Fust se resolvió á probar fortuna viajando, marchó á Francia, adonde llevó seis ó siete magníficos ejemplares de su Biblia de 1462. Impresos en papel vitela, con ilustraciones y letras de adorno hechas á pincel con colores y oro para completar la ilusion, los caracteres que habian servido para esta edicion imitaban perfectamente la forma de la escritura comun. Esta circunstancia favoreció á Fust, que viendo despreciados sus ejemplares, se resolvió á hacerlos pasar por manuscritos como unico medio de venderlos; mas los compradores no tardaron en conocer el engaño, y persiguieron encolerizados á aquel hombre distinguido, como ladrón y falsario, y despues, lo que era mas sério, como encantador. Fust podía fácilmente justificarse, pero para ello necesitaba descubrir á todos un secreto que le convenia tener oculto. Tomó pues el partido de huir y regresó á Maguncia. El parlamento se ocupó del negocio, y sus deliberaciones duraron

largo tiempo hasta que en fin dió un decreto proclamando la esclenencia del nuevo descubrimiento. Tranquilizado Fust con esto y animado con la proteccion de Luis XI, volvió á París en 1464 y consiguió algunas ganancias, pero cuando se disponia en 1466 á regresar á su patria, murió de la peste que tan horrosos estragos hacia por entones en Francia.

Pedro Schoeffer quedó solo en Maguncia para imprimir, así es que hizo prosperar su establecimiento y le aumento despues reuniendole al de Conrado Anequis. Allí se imprimieron los *Oficios de Ciceron* y la *Ciudad de Dios*, libros que fueron recibidos con grande aceptacion, pues no obstante la rápida propagacion de la tipografía, que mas adelante haremos notar, las prensas de Maguncia conseguian dar una superioridad notable á sus productos y gozaban de una reputacion merecida.

La aceptacion con que progresivamente fueron recibidos los libros impresos, hizo que se establecieran puntos fijos de venta y que ademas se dedicaran varias personas á librerías ambulantes, que para llamar la atencion empleaban todos los recursos de su elocuencia y hasta la música. La lámina que acompaña á estas líneas representa uno de ellos según una estampa antigua que ha copiado una de las mas acreditadas publicaciones del extranjero y que nosotros reproducimos fielmente.

Nada era pues capaz de detener la marcha progresiva del arte: ni la distancia, ni las dificultades, ni la oposicion de los copistas que sublevaban al populacho contra los innovadores. No hay en la historia de las artes ejemplo de otra novedad que en tan corto espacio de tiempo haya recorrido carrera tan estensa. *Udalrico*, *Han Súvenheim* y *Arnoldo Pannaris*, se trasladaron los primeros á Italia y publicaron en el monasterio de benedictinos alemanes de *Sobiaco* las obras de *Lactancio*, pasando luego á Roma y dando principio á sus trabajos con una edicion de las *Epistolas familiares de Ciceron*, é imprimiendo en siete años doce mil cuatrocientos setenta y cinco volúmenes. Venecia pretende su embargo la gloria de haber visto salir de sus prensas el primer libro estampado en Italia: cuando menos tiene motivos para envanecerse de haber hecho buena acogida á Juan de Spira y otros impresores extranjeros que desde 1468 hasta 1494 se establecieron en aquella ciudad, en la cual se hicieron importantes modificaciones: allí se dejaron de usar por primera vez las letras góticas, empleadas por los inventores del arte en Alemania y fueron substituidas por los caracteres redondos.

La imprenta se propagaba como la electricidad, los obreros de Maguncia dispersados por todas partes, iban estableciendo su industria.

Alemania sin embargo no quedaba privada de las ventajas del descubrimiento, que fué planteándose sucesivamente en Colonia, Aushurgo y Estrasburgo: á fines del siglo XV Rumberga, ciudad insignificante, se envanecia de haber publicado ya 300 obras hebreas. En Basilea (Suiza), y en Estocolmo (Suecia) se montaron tambien establecimientos tipográficos y los Países Bajos no tardaron en atraer á su seno á los iniciados en el nuevo arte. Juan de Westfalia en Lobaina y Teodoro Martens en Alost lograron distinguirse por el esmero de sus ediciones.

Interésanos especialmente examinar la época en que llegó á España la tipografía: cuestion tantas veces debatida entre los partidarios de Barcelona y Valencia que se disputan con calor el honor de haber sido las primeras poblaciones de España en que se introdujo la imprenta. Ambas ciudades han presentado pruebas atendibles y argumentos poderosos.

Sin mezclarnos en sus debates, creemos oportuno apuntar las circunstancias mas notables de ella (1). Capmani sentó la proposicion de que Barce-

(1) Los que deseen enterarse detenidamente de esta curiosa polémica, pueden ver el libro titulado: *De prima Typographiae Hispaniae aetate specimen*, auctore *Raymundo Diodoro*, Romae. La disertacion sobre el origen del nobilísimo arte tipográfico y su introduccion y uso en la ciudad de Valencia de los edetanos escrita por D. José Villarroya é impresa en 1796

lona fué la primera ciudad de España donde se introdujo la imprenta: en 1779 dijo en sus memorias tom. I, trat. 2.º, pág. 256, que la capital de Cataluña imprimió por los años de 1471 la *Catena Aurea* de Santo Tomas; el padre Mendez vino después diciendo en su tipografía española (1) que las primeras obras dadas á la estampa en España fueron el *certamen poethic* y el *comprehensorium*, impresos en Valencia en 1474 y 1475: esto mismo se esforzó en probar el Señor Villarrova en una memoria impresa en Valencia. Capmani calló y desde entonces quedó vencedora Valencia en punto á la primacia de la imprenta, y despojada de ella Barce-



Un librero ambulante del siglo XVII.

lona; pero en el año de 1833 el erudito D. Jaime Ripoll y Villamayor publicó en Vich un opusculo reintegrando á Barcelona y dando cuenta de un monumento nuevamente descubierto; á saber, un librito en octavo, desconocido de todos los editores y bibliógrafos, encontrado en el convento de Padres trinitarios descalzos de Vich, al hacer un escrutinio en la bi-

son extraordinario lujo por D. Benito Monfort, y un folleto impreso en 1833, su autor D. J. R. V. iniciales del conde Don Jaime Ripoll que se dió á la estampa en Vich en la imprenta real de Ignacio Wals.

(1) Historia de la introducción, propagación y progreso del arte de la imprenta en España. Madrid 1796 imprenta de Ibarra.

blioteca del monasterio: hablando de él dice que está bien tratado y al parecer completo de principio y fin, tiene 50 hojas sin numeración, sin foliatura, signatura, ni reclamos, con otras señas minuciosas; el epígrafe es... *Pro condendis orationibus iuxta grammaticas leges litteratissimi auctoris Bartholomei Mates libellus exorditur*. La conclusion que es la mas interesante á nuestro propósito está formulada en estos términos: *Gratie habentur Deo. Libellus pro efficiendis orationibus ut grammaticas artis leges expostulant, e docto viro Bartholomeo Mates conditus, et per P. (Petrum) Johannem Matesos Christiniánum presbíterumque castigatus et emendatus sub impensis Guillelmi Ros. et mira arte impresso, per Johannem Gherling alamanum factur Barcynone nonis octobris anni natiuitate Christi M.CCCC.LXVIII*: final que á ser cierto, como debe presumirse de una persona en extremo ilustrada y digna de crédito demuestra terminantemente que se imprimió en Barcelona por el alemán Juan Gherling á 7 de octubre de 1468 y que es errónea la opinion del Padre Mendez que no ha admitido la imprenta en España antes de 1475, ni en Barcelona antes del 1475. Por consiguiente Barcelona y no Valencia es la primera ciudad de España que adoptó la imprenta; no fué Mateo Flando el primer impresor (1) sino Juan Gherling y por último que no fueron los primeros libros los que se citan por Vicente Jimeno en el tomo primero de sus escritores, por D. Nicolas Antonio en su biblioteca, y el Padre Terreros en su Paleografía Española y por otras que defienden á Valencia, sino el librito referido: y en suma que no solo ha sido Barcelona la primera ciudad de España sino una de las primeras de Europa en que se ha ejercido el arte de imprimir. En el folleto en que se da noticia del interesante libro nuevamente descubierto, no solo se especifican con la mayor claridad todos los detalles y pormenores que pudieran contribuir á certificar la existencia del libro en cuestion, sino que previendo las objeciones que pudieran hacerse las desvanece anticipadamente, dándolas una solucion que desde luego le asegura la victoria y autorizando el nuevo documento descubierto de modo que no puede ser rehusado por la crítica, por rigida que sea.

La tipografía entró en España con la proteccion del gran Cisneros, que auxilió á varios artistas extranjeros, llevando á unos á Toledo para la impresion Muzárabes y ocupando á otros en la *Biblia Complutense*, para lo cual tuvo que vencer el inconveniente de la falta de caracteres en hebreo, caldeo y griego, que hizo fundir y sirvieron despues á Arias Montano para la impresion de la *Biblia régia*.

Las dos primeras leyes relativas á la imprenta que se promulgaron en España fueron dadas por los Reyes Católicos en Toledo años 1480 y 1502 é incluídas en el Ordenamiento Real y despues en la Recopilacion núm. XXI y XXIII, tit. VII, lib. I. La primera trata de las franquicias en la introduccion de libros extranjeras, y la segunda de las cualidades y circunstancias que debían concurrir en las impresiones que se hiciesen en Castilla.

El arte habia llegado á ser estimado; hombres eminentes cooperaban á la obra del impresor ofreciéndose palacios para que pudiera ejercer con holgura su industria, los autores mas distinguidos acudían á las imprentas á corregir pruebas y discutir el valor de los textos, y hasta los Monarcas contribuían á realizar el invento dando consideracion á los que le practicaban. Sixto IV concedió á Janson el título de Conde Palatino, El Rey Eduardo quiso ser amigo de Caxton, Francisco I honró con su presencia los trabajos de Roberto Estefano y Felipe II condecoró á Cristóbal Plantino con el título de *Architipografus Regius*.

Parécenos oportuno apuntar aqui algunas circunstancias que distinguen, á los libros impresos mas antiguos. Su tamaño era en folio ó en cuarto. El antiguo carácter gótico se mudó en 1463 en una especie de semigótico; el tipo romano se usó primero en Roma en 1467; el célebre impresor Aldo Manucio inventó los tipos italianos á fines del Siglo XV. Tambien se hallan en hebreo, árabe, caldeo, griego y latin.

(1) Mendez pág. 145.

Pocas veces se dividían con propiedad los miembros de un período: aun no se hallaban establecidas las reglas de ortografía y no se conocían otros signos de puntuación que la coma, el punto final y una rayita oblicua; semejante escasez de subdivisiones fué hija del deseo de imitar en lo posible los manuscritos: el cuerpo y consistencia del papel facilitaba esta imitación. Muchos libros impresos en los primeros tiempos de la imprenta están llenos de numerosas y difíciles abreviaturas.

Antes de poner fin á este artículo, que vá haciéndose demasiado extenso, queremos ocupar el espacio que nos falta con un estado tan exacto y completo como nos ha sido posible reunir, despues de examinadas y comparadas las fechas de la introducción de la tipografía en las principales poblaciones. Esta noticia que servirá de complemento á nuestra reseña, comprende desde 1462, época de la dispersión de los obreros de Maguncia y es como sigue.

1463, Subiaco. 1467, Roma. 1468, Barcelona, Venecia. 1469, París, Colonia, Milan, Ausburgo, 1470, Estrasburgo, Ebrú, Bamberg, Verona. 1471, Bologna, Ferrara, Pavia, Florencia. 1472, Parma, Padua. 1473, Lion, Mesina, Lobaina. 1474, Valencia, Utrech, Turin, Génova, Basilea, Alst. Londres. 1475, Lubeck, Modena, Zaragoza. 1476, Brujas, Delft, Sevilla, Bruselas. 1477, Angers, Dacvinter, Palermo. 1478, Ginebra, Oxford, Praga, Amberes. 1479, Tolosa, Niemeq, Poitiers, 1480, Caen, Salamanca. 1481, Leipsik, Lisboa. 1482, Viena. 1483, Troyes, Rouen, Magdeburgo, Estocolmo, Harlem, Leida, Gante. 1484, Renes, Brescia, Chambers, Bolonia, Rinna, Heidelberg, Natisbona. 1486, Toledo. 1487, Murcia. 1490, Orleans, Zamora. 1491, Hamburgo, Angulema, Dijon. 1493, Cluni, Nantes, Madrid, Pamplona, Granada, Pisa. 1494, Copenhague. 1495, Limoges, Valladolid. 1496, Provins, Tours. 1497, Avignon, Burgos. 1500, Cracovia, Perpiñan, Amsterdam, Munich.

Este inmenso y prodigioso desarrollo de la tipografía empezó prestando un servicio muy grande á la religion, imprimiendo Biblias y obras de los Santos Padres que se propagaron rápidamente por el mundo: convirtiéndose luego en instrumento militante de que todas las opiniones se apresuraban á hacer uso para el ataque y para la defensa, conociendo el poder inmenso de una arma nueva que aturdió como el trueno y destruía como el rayo. Fué luego sirviendo para su desarrollo á las letras, las ciencias y las artes, y se empleó finalmente en abogar por los intereses de los pueblos; hasta llegar á contarse como el cuarto poder del estado y ser en realidad el primero, porque segun ha dicho un distinguido autor contemporáneo, los oradores y los escritores han llegado á ser los reyes de la inteligencia, y la inteligencia acabará por gobernar al mundo.

Las naciones han rendido y continúan tributando reconocimiento y admiración á los inventores de la tipografía: en Maguncia se ha erigido una estatua á Gutenberg, que es á quien se le concede y le toca realmente el primer lugar entre ellos: con el producto de una suscripción abierta en todos los países que la imprenta contribuye á civilizar; la figura tiene una espresion notable de nobleza y gravedad; en la mano derecha se ven los caracteres móviles, con la izquierda estrecha el primer libro sobre su corazón; la base está adornada de bajos relieves que representan á Gutenberg examinando caracteres y comparando una prueba: en ella han hecho grabar los patricios de Maguncia unos dísticos celebrando el descubrimiento.

*Artem, quae Graecis latuít, latuítque Latinis*

*Germani solers excoluit ingenium.*

*Nunc, quicquid veteres sapuunt, sapuuntque recentes,*

*Non sibi, sed populis omnibus id sapuunt.*

La inauguración del monumento se celebró en 1837. El obispo de Maguncia ofició teniendo abierta la primera Biblia impresa por Gutenberg. Despues de la misa á una señal se descubrió la estatua, y en un anfiteatro adornado con banderas de las diputaciones

enviadas por las principales ciudades de Europa, resonó un himno cantado por mas de 1000 voces, interrumpido por las salvas de artillería y las aclamaciones del pueblo.

Nunca emperador alguno mereció demostraciones semejantes á las que se dirigieron en aquella ocasión al pobre impresor de Maguncia, porque ningun potentado de la tierra se ha hecho jamás acreedor en tan alto grado á la veneración de los hombres, ni ha habido conquistador que pueda envanecerse con el triunfo de la inteligencia y deje al mundo recuerdos



Estátua de Gutenberg en Maguncia.

de un beneficio semejante. Las personas que asistieron á aquel acto se hallaban poseídas del entusiasmo mas puro y digno que puede abrigar el corazón humano. Aquella ceremonia era segun la espresion de un periodista, la fiesta de la civilización, en la cual se celebraba la inspiración de Dios que permitió esta conquista del entendimiento sobre las tinieblas, para acelerar la perfección y la felicidad de los hombres.

ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Alábanse de ser sobrios aquellos á quienes el estómago no les permite comer mucho, de ser castos los que tienen la sangre muerta y sin circulación, de saber callar los que no tienen nada que decir: en una palabra, el hombre tiene por vicios los placeres de que no puede disfrutar y por virtudes las flaquezas de que adolece.

En el amor hay una persona que ama y otra que es amada.

## POESIA.

## EL SALTO DEL DIABLO.

## LEYENDA.

## I.

Es una noche lluviosa,  
Y mas que lluviosa negra,  
A diez y nueve de Enero  
De mil quinientos setenta;  
Y con ademán brioso,  
En el castillo de Veznar,  
Así á Fortun, su escudero,  
Habla el capitán Gurra:  
Mantenedor en las justas,  
Bravo adalid en la guerra,  
Y tan jóven en los años  
Que veinte y cinco no cuenta.  
—Baja, Fortun, que conviene,  
En dos saltos la escalera,  
Y un caparazon de cuero  
Al lomo pon de mí yegua.  
—Horrible noche, señor,  
Dice Fortun, se presenta:  
Brama el huracan, graniza,  
Y sin intervalo truena.  
No abandones el castillo,  
Que el valor y la prudencia  
Unidos van,  
—Obedece  
Lo que tu señor te ordena.  
—Escucha...  
—No escucho...  
—Mira...

—Nada miro...  
Señor, piensa...  
¡Basta! esclama el capitán  
Con procelosa soberbia.  
Sale Fortun, y entre tanto  
Que el mancebo se pasea,  
De su traje y su persona  
Daremos menuda cuenta.  
Cinco pies y ocho pulgadas  
Tiene, ojo negro, ancha ceja,  
Nariz larga, grueso labio,  
Barba sedosa y espesa.  
Talle gentil, recios hombros,  
Tez sonrosada y morena;  
Mirar altivo, y por dientes  
Dos gruesos hilos de perlas.  
Jubon de varios colores  
Con alamares de seda  
Viste; colete de ante,  
Cumplidas cruzas flamencas,  
Y hasta mas de medio muslo  
Calza anchas botas de suela;  
Ocultando sus cabellos  
Un sombrero á la chamberga.  
Ciñe en el cinturón daga:  
Espada á su lado cuelga,  
Y lo defiende del frío  
Una capa portuguesa.  
Sube Fortun: el mancebo  
Saca adelante una pierna,  
Y con desenfado dice:  
—Cálzame, Fortun, la espuela.  
—Señor, ¿no adviertes que brama  
Cada vez mas la tormenta?  
—Mejor, á la luz del rayo  
Veré distinta mi senda.  
—¿No ves que puede encontrarte  
Alguna partida suelta  
De moriscos?  
—A estocadas  
Arremeteré con ella.  
—¿No ves que queda el castillo

Sin su principal defensa?  
—Antes de rayar el día  
Me tendrás aquí de vuelta.  
—¿Te olvidas quizás?...  
—¿De qué?  
—De aquella fatal promesa...  
—Calla, Fortun, voló al diablo!  
O te arrancaré la lengua.  
Grita el mozo, despidiendo  
De sus órbitas centellas,  
Y hasta el pomo de la espada  
Llevando su airada diestra.  
Inclina el triste escudero,  
Suspirando, la cabeza,  
Y del agudo acicate  
Los firmes lazos aprieta.  
Sale despues con su dueño  
Hasta la robusta puerta  
Del castillo, sujetando  
Una veloz cordobesa.  
Para oprínirla, el mancebo  
Ni ayuda ni estribo emplea,  
Y en un segundo se halla  
Cabalgando á la gineja.  
Fortun insta, el capitán  
Le responde una blasfemia,  
Y por los ágricos peñascos  
Veloz parte á toda rienda.

## II.

En una hermosa alquería  
Cuyo florido pié baña  
El rápido Guadalfeo  
Con sus cenagosas aguas;  
Un año, si del país  
Las tradiciones no engañan,  
Antes de el que comenzamos  
Nuestra historia, celebraban  
Con agradables festejos  
Y estrepitosa algazara,  
Las bodas del Valori  
Y la hermosísima Zaida.  
Era la novia morisca,  
Flor del jardín de Granada,  
Si temida por discreta  
Muy querida por bizarra.  
De ojos negros, fresca boca,  
Tez morena y sonrosada,  
Breve pié, sedosas trenzas,  
Y talle como una palua.  
Era el Valori un alcaide  
Famoso de la Alpujarra,  
Terror de los castellanos  
Por sus ínclitas hazañas.  
Sois lustros, aun no cumplidos,  
El noble alcaide contaba,  
Y de estatura media  
Cinco pies y once pulgadas.  
De ojos fieros y brillantes,  
Rojos labios, frente ancha,  
Nariz aguiluña, tez  
Cobriza y espesa barba.—  
La hermosura de la novia  
Y del Valori la fama,  
Reunió todo lo mas noble  
Y rico de la comarca.  
Allí vino Aben Humeya,  
Sin ejército ni guardia,  
Un instante deponiendo  
Su pretension de monarca.  
Allí cayó el Anacoz,  
Tan célebre en las batallas,  
Teñida en sangre caliente  
Su famosa cimitarra.  
Aben Abou llegó allí  
Con banderas desplegadas,  
Por una noche volviendo  
Al enemigo la espalda.  
Y como si de la guerra  
En un punto se olvidaran,

Allí se encontró el concejo  
De las tribus mahometanas.  
Al son de los añafles,  
Tamboriles y dulzainas,  
Encantadores preludios  
De toda morisca danza,  
Diez arrogantes mancebos  
Y diez doncellas gallardas,  
En amorosas parejas,  
Dieron principio á una zambra.  
A cada vuella sus pechos  
Ajitados palpitaban,  
Tocando apenas la alfombra  
Sus ligerísimas plantas.  
Los vistosos capellares  
Y las marlotas flotaban,  
Bordados de perlas unos  
Y las otras de esmeraldas.  
Escapábanse suspiros,  
Ahogábanse las palabras,  
Y en las pupilas lucia  
El vivo fuego del alma.  
Aben Humeya olvidó  
Su dignidad soberana,  
Y con gentil ademán  
Presentó su mano á Zaida.  
Aceptóla la morisca,  
Eovaneida y ufana,  
No sin pedir á su esposo  
Venta con una mirada.  
Cruzó la hermosa pareja  
Gallardamente la sala,  
Pero al ir á confundirse  
Con los jóvenes que danzan  
En estentóreo gemido  
Repitió una voz ahogada:  
«¡Los cristianos, los cristianos!  
¡A las armas, á las armas!»

## III.

¡A las armas! ¡A las armas!  
Van repitiendo distantes  
Las cavernas de los montes  
Y las grutas de los valles.  
Estáticas las parejas  
Guardan el orden del baile,  
Y gimen los instrumentos  
En desacordes compases.  
Las hijas buscan amparo  
En el seno de sus madres,  
Y á las dulces armonías  
Sucedan lúgubres ayes.  
Se desmayan las doncellas,  
Blasfeman los capitanes,  
Los tímidos no respiran  
Y preguntan los audaces.  
Aben Humeya se esconde,  
Grita el Anacoz en valde;  
Y el prudente Aben Abou  
Va en busca de su falange.  
Corre el Valori á la puerta,  
Seguido de algunos árabes,  
Y en el ancho dintel choca  
Con los cristianos infantes.  
Cruzan los hierros: centellas  
Al rudo choque reparten  
Las espadas de Toledo  
Y damasquinos alfanjes.  
¡Atrás! gritan los moriscos;  
Los cristianos ¡adelante!  
Y se empujan cual las olas  
En el seno de los mares.  
Las moras, unas los ojos  
Se cubren, y otras exánimes  
De la trabada contienda  
Miran los sangrientos trances.  
Ruedan sobre el pavimento  
Los mutilados cadáveres,  
Y mas recias cuchilladas  
Tiran de una y otra parte.

Sin ventaja en el valor,  
Rabiosamente combaten;  
Pero se encuentran en armas  
Y en número desiguales.

Dan los cristianos aceros  
En sencillos capellares,  
Los de los moros se mellan  
Sobre armaduras brillantes.

En vano del Valerí  
Las negras pupilas arden.  
Y, tigre hircano, disputa,  
Palmo á palmo, los umbrales.

Siente profundas heridas:  
Busca amigos que lo amparen;  
Y vé que, muertos, lo dejan  
Los que no huyeron cobardes.

En vano la cimarra  
Alza su brazo gigante;  
Una vez más la sepulta,  
Rebrama, vacida, y cae.

Herido el tigre, penetran  
Varios soldados rapaces,  
Y encuentran rico tesoro  
En las moriscas beldades.

Arráncanlas los más rudos  
Brazaletes y collares.  
Al brillo de la hermosa  
Prefiriendo el del diamante.

Piden los más cortesanos  
Que con amor se las trate,  
Y dan por una cautiva  
Ricas perlas orientales.

El cristiano capitán  
Se acerca á Zaida, que yace  
Desvañecida, y descubre  
Su peregrino semblante.

Contéplala: el guantelete  
Teñido de fresca sangre  
Arroja, y de la dormida  
Toca la frente suave.

El corazón del guerrero  
Se inflama, estramece, late;  
Y no comprende si mira  
Una morisca ó un ángel.

Para humedecerla el rostro  
Agua pide delirante,  
Pero un grito le responde  
Que deja helada su sangre:

¡A las armas, castellanas;  
Que á renovar el combate  
El temido Aben Aboo  
Llega con sus musulmanes!

## IV.

¡A las armas! ¡A las armas!  
Repiten los ecos roncros,  
De sierra en sierra rodando  
Pausados y melancólicos.

A las armas los guerreros  
Cristianos acuden prontos,  
Pero ninguno abandona  
Los conquistados despojos.

Guardan unos los joyeles:  
Llevan las cautivas otras;  
Y las desnudas espadas  
Blanden con derriuedo todos.

Muchos en ánimo son,  
Pero en número muy pocos  
Para la hueste que trae  
El bravo caudillo moro.

La salud está en la fuga;  
Sirve la presa de estorbo;  
Manos el hierro demanda  
Que van cargadas de oro.

¿Qué hace el capitán? ¿Por qué  
No reprende rigoroso  
Una codicia que puede  
Cubrir su frente de oprobio?

¿Qué hace el capitán? A Zaida  
Suspende sobre sus hombros,

Y mal puede reprenderlos  
Quien guarda rico tesoro.

Tal peso, en verdad, no rinde  
Un corazón tan brloso;  
Y á sus soldados alienta  
Con la palabra y el rostro.

Antes que salga, en la estancia  
No ha de quedar ni uno solo:  
Franca tienen la salida  
Y es el peligro notorio.

Ni uno queda: el capitán  
Se adelanta, y con asombro  
Vé que su planta detiene  
Pesado anillo de plomo.

Preocupado, se estramece;  
Al suelo baja los ojos  
Y los del Valerí halla  
Desencajados y torbos.

Sangre brotan las heridas  
Del alcaide, y de lo hondo  
De su pecho, entre suspiros  
Y sobreallento estentóreo,

Saló una voz, que murmura:  
«Cristiano, soy el esposo  
»De Zaida, de esa muger,  
»Y con delirio la adoro.

«Déjame aquí, no dudes.  
»Que voy á espirar conozco.  
»Déjame aquí: á mi lado:  
»Y mi muerte te perdono.»

Frunce el capitán las cejas  
Con impaciencia y enojo,  
Y vanamente procura  
Romper su grillo premioso;

Mientras el vencido alcaide  
Arroja gemidos sordos,  
Y su plegaria prosigue  
En más lastimero tono.

—«Cristiano, daré por ella  
»Cuántas riquezas acopio.  
»Déjame á Zaida: lo pide  
»Un moribundo celoso.»

—«Suéltame! grita el cristiano:  
»O en las entrañas te escondo  
»Mi acero.—Dame mi Zaida.  
»Para mí la guardo.—¿Cómo?

—«Suéltame.—Nunca.» Una voz  
Clama á lo lejos Socorro!  
Que los moriscos atacan  
En escuadras poderosas!

—«Suéltame el capitán repite:  
»Déjame!» con encono  
Murmura el herido.—«Suéltame,  
»O entrambas manos te corto.

—«Cristiano, porque me vengue  
»El alma daré al demonio.»  
—«Al diablo daré la mia,  
»Si el amor de Zaida logro.»

Responde el fiero cristiano  
O desesperado ó loco.  
«Las recibo» de la estancia  
Dijo una voz en el fondo.

Y viendo que el enemigo  
Debe encontrarse muy próximo,  
El capitán arrastrado  
De su delirio amoroso,

Con la desnuda tizona  
Tira un mandoble furioso,  
Que al moribundo cercena  
Entre ambas manos del tronco.

Ruje el herido, mostrando  
En sangre sus labios rojos;  
Y el cristiano con la mora  
Cabalga sobre su potro.

## V.

Por mucho tiempo se habló,  
En la comarca de Orgiba,  
Del imprevisto y funesto  
Desenlace de la boda.

Contaban del Valerí  
Mil peregrinas historias,  
Encontradas las más veces  
Pero singulares todas.

Aseguraban los unos,  
Que andaba de roca en roca,  
Lanzando tristes gemidos  
O blasfemias espantosas.

Y cuando les preguntaban  
Las señas de su persona;  
Presentábanlo cubierto  
De pieles negras y toscas.

Mutilado de ambas manos,  
Escandecientes las órbitas,  
Tez curtida, recia barba,  
Mirada sangrienta y torba.

Afirmaban presenciales  
Testigos de la derrota,  
Que volviendo Aben Aboo,  
Antes de brillar la aurora,

De perseguir al cristiano  
Con su hueste poderosa,  
Dió sepultura al Alcaide  
A la luz de las antorchas.

Más los terceros uniendo  
Una tradición á otra,  
Que presenciaron decían  
La funebre y mareta pompa:

Pero que á la media noche,  
Con las atléticas formas  
Del fiero alcaide, discurre  
De sierra en sierra una sombra.

A esta opinión daba fuerza  
El relato de una mora,  
Que por deforme y anciana  
Dejó la cristiana tropa:

Pues contando la promesa  
Que hizo en sus últimas horas  
Al diablo, si lo vengaba  
Del robador de su esposa,

El Valerí; convenían,  
En que, por arte diabólica,  
El mutilado cadáver  
Abandonaba su fosa.

Así contaban del novio,  
Pero tocante á la novia  
Mas insegura y mas varia  
Se presentaba la crónica

Unos la daban cautiva  
En solitaria mazmorra,  
Porque el amor del cristiano  
Desechaba valerosa.

Otros, no queriendo darla  
De constancia tal la gloria;  
Fundados en que constantes  
Mugeres fueron muy pocas:

En brazos del castellano  
La pintaban, veleidoso;  
Sin guardar del Valerí  
Ni la más débil memoria.

Y algunos, más enterados  
O que persuadirlo logran  
En fuerza de colocarse  
Un dedo sobre la boca;

Aseguran en secreto,  
Que Zaida, jóven y hermosa,  
En un árabe castillo,  
Muy poco distante, mora.

La suerte del capitán  
A los moriscos no importa,  
Y solo tienen que allí  
Vuelva á vibrar su tizona:

Pero nosotras, que en mucho  
Tenemos su vida y honra,  
Siquiera porque persigue  
Los errores de Mahoma,

A la puerta de un castillo,  
Sin espaldar y sin cota,  
Presentamos á Gurra  
Montando en su yegua torda.

## VI.

Llueve, graniza, retumba  
El trueno sin intervalos,  
Brama el huracán, de fuego  
Alza en olas los relámpagos.

Cada senda es un torrente:  
Cada llanura es un lago:  
Del ángel de las tormentas  
Brilla el cetro en los espacios.

Y sobre su yegua torda  
El capitán castellano  
Dos leguas lleva corridas  
Antes de tomar descanso.

Párase al pie de un castillo  
Imponente y solitario,  
En cuyas altas almenas  
Fulgura la luz de un faro.

Acércase el capitán:  
«Zaida» murmuran sus labios,  
Y una dulce voz responde:  
Acércate, que te aguardo.

«—Entre los tuyos vivir,  
«¿Quisiste, señora, un año;  
«Y llegó á tus pies el día  
«Y hora en que concluye el plazo.

«Muchas penas he sufrido  
«En un término tan largo,  
«Para merecer tu amor:  
«¿Qué me dices?—Que te amo.»

De los fosos un gemido  
Sube profundo y extraño,  
Que á la morisca estremece.  
Y da vapor al hidalgo.

«Llévame» murmura Zaida,  
Grita el capitán: «¡Huyamos!»  
Su fatídica promesa

En mal hora recordando.  
Por una escala descende  
Zaida bella, y en los brazos  
De su liel y tierno amante  
Busca protección y amparo.

Hunde el capitán la espuela  
De su yegua en los costados,  
Y veloz, como los vientos,  
Cruza los desiertos campos.

Ya por las sendas camina:  
Ya salta por los vallados:  
Ya los furiosos torrentes  
Atraviesa temerario.

¡Bien haya la yegua torda  
Que tan bien sirve á su amo,  
Y saca, con la herradura,  
Centellas de los peñascos!

¡Bien haya la yegua torda...!  
¿Pero por qué, resoplando,  
Eriza la negra crin  
Y deja su escape rápido?

¿Porqué de caliente espuma  
Baña su freno dorado,  
Y el acicate no siente,  
Inerte sierra de mármol?

«¡Arriba, mi Cordobesa!»  
Grita el capitán en vano,  
Porque á la yegua detiene  
Un insuperable obstáculo.

Zaida solloza: «¡Socorro!»  
Sin esperanzas de hallarlo,  
Pide su amante: y auxilio

Viene á ofrecerlo el caso.

Descubre un bullo: una voz  
Varonil dice «Buen ánimo,  
«Capitán; y por la senda  
«Sigue que yo iré trazando.»

«—A tu dirección me entrego  
Responde el noble soldado;  
«Y pagaré tu servicio...»

«—No necesitas pagarlo.»  
Y sin cambiar mas razones,  
Ya por los hondos pantanos,  
Ya por las ásperas cuembres,  
Siguen todas caminando.

Caminan y mas caminan,  
Hasta que roncós y tardos,  
Sobre un puente, que cimbréa,  
Se van perdiendo los pasos.

«¿Adónde nos llevas, guía?  
«¿Sobre que puente pasamos?»  
Pregunta el noble Gurra  
Con horrible sobresalto.

«Sobre el puente de los celos  
«Hacia los infiernos vamos!»  
Grita el misterioso guía,  
El frágil puente cortando,

«¡Traidor!» esclaman, cayendo,  
La morisca y el cristiano;  
Y el rostro del Valori  
Alumbra el fuego de un rayo.

Entre Veznar y Tablate  
Está este profundo salto,  
Que las viejas del país  
Llaman: EL SALTO DEL DIABLO.

JUAN DE ARIZA.

En el número próximo publicaremos, entre otras cosas, un hermoso retrato, con una reseña biográfica de *Lamartine* y el cuarto artículo de *un Paseo á la Patria de D. Quijote*, en el que se dan noticias interesantísimas y completamente nuevas acerca del origen de la obra inmortal del príncipe de nuestros escritores: á este seguirán inmediatamente otros dos sobre la misma materia, acompañados de vistas curiosas é inéditas, tomadas del natural.

Sucesivamente continuaremos insertando excelentes y variados artículos, que se hallan ya en nuestro poder, espresamente escritos para el SEMANARIO por nuestros mas apreciables ingenios.

Al espirar el primer trimestre de 1848 séanos permitido estampar una palabra de gratitud hácia el público que nos ha distinguido con una acogida que estábamos muy lejos de esperar. Por nuestra parte nos hemos esforzado en cuanto hemos podido para corresponder á tan pasmosa aceptación, que bien puede calificarse de tal hablando de nuestro país, la que ha logrado desde principio de año el SEMANARIO. En él han aparecido trabajos de los Sres. Breton de los Herreros, Hartzbusch, Ariza, Fernandez de los Ríos, Casas Deza, Gimenez Ferrazo, Gil, Baralt, Monge, Larrañaga, Costanzo y otros además de los anónimos de la dirección y de algunos curiosos remitidos. Nuestros suscritores han visto sucesivamente profusión de láminas de gran tamaño y esmeradamente grabadas *todas por artistas españoles*, que aventajan en delicadeza á cuantas se ha publicado hasta ahora en España y rivalizan con las de las obras ilustradas con mas espléndidez en Francia. Al lucimiento de los grabados

ha ayudado la superior calidad del papel que empleamos espresamente fabricado para la estampación y la mejora notable que hemos logrado introducir en este trabajo, del cual pende el lucimiento de las láminas.

No creemos sin embargo haber hecho bastante y queremos que así conste. Que se empiezen ya á distinguir las publicaciones á cuyo pensamiento preside un sentimiento desinteresado de orgullo nacional, de las que se alimentan de traducciones ó imitaciones escritas en un jerigonza lastimosa, ilustrada con clises de desperdicio de las prensas extranjeras y sostenidas en fin al amparo de la nombradía mal adquirida de editores amlucistas: que nuestro periódico *esencialmente español* continúe aumentando el número de sus favorecedores como en el trimestre que acaba de transcurrir y el público, que conoce la religiosidad con que cumplimos nuestras promesas, estará pronto en situación de juzgar hasta que punto anhelamos llevar las mejoras y esmero.

Los Sres. suscritores de provincias cuyo abono concluye con este número, se servirán renovarle sino quieren experimentar retraso en el recibo de los siguientes.

El tomo del SEMANARIO correspondiente al presente año, se venderá luego que este concluido al precio fijo de 40 rs. en Madrid y 50 en provincias: hacemos esta advertencia para satisfacer á los que nos han dirigido preguntas sobre el particular.

Hay un instinto en el corazón del hombre que le hace concebir temores de una felicidad sin nubes. Parece que debe á la fatalidad el diezmo de su vida, y que lo que no se paga, devenga intereses, se acumula y forma una deuda inmensa que tarde ó temprano será preciso satisfacer.

La esperanza y el recuerdo se ven por el mismo prisma: la distancia. Detrás ó delante de nosotros, llamamos felicidad á lo que no está á nuestro alcance; á lo que no tenemos todavía ó á lo que no tenemos ya.

Los que abrigan ambición de oro ó honores, en el último periodo de su vida, se asemejan al que no teniendo mas que una hora para dormir, emplease cincuenta minutos en hacerse un lecho cómodo y mullido en lugar de dormir la hora entera sobre la tierra dura.

No se viaja por viajar sino por haber viajado.

Las injurias se tornan humillantes para el que las dice cuando no consiguen humillar á quien van dirigidas.

### UN BUEN ENFERMO.

Presentóse en la semana última un hombre en casa de un célebre doctor, para darle las gracias de un remedio que le había indicado hacia mas de cuatro años, y con el cual se había curado completamente.

—Y ha tenido usted la paciencia de continuar con él por tanto tiempo?

—Si señor, todos los dias como usted me lo indicó, sin dejar ni uno.

—Abrícame usted, amigo dijo el médico: usted es digno de estar enfermo.

### INDUSTRIA EN INGLATERRA.

El número de personas empleadas en la industria sube á 800,246, de las cuales son varones 344,121 de 20 años arriba, 409,700 de menos, y hembras 135,795 de 20 años arriba y 155,795 de menos. En Irlanda se emplean 665,239 de las cuales son varones 113,288 de mas de 20 años; 5,315 de menos; hembras 521,725 de mas de 20 años, y 34,011 de menos.

## PELIGROS DE MADRID.



Una golosina malograda del día de S. José.